

LA HISTORIA VIVIDA

Belén FERNÁNDEZ
Historiadora

Una conmemoración histórica

La amable invitación del Instituto de Historia y Cultura Naval para participar en el seminario dedicado al marino y científico don Antonio de Ulloa, que ha tenido como marco el incomparable Observatorio de Marina, auténtico templo del saber y la ciencia que tanto ilustraron al siglo XVIII, me ha permitido curiosear en su bien nutrida biblioteca y encontrar unas páginas de archivo que creo merece la pena revivir, ahora que el paso de los tiempos parece imponer las fronteras del olvido. Se trata de una conmemoración histórica —la del 2 de mayo de 1883— celebrada en el Departamento Marítimo de Cádiz con brillante ceremonial. Reza un aforismo que cualquier tiempo pasado fue mejor, y aunque yo no lo comparta totalmente, sí es grato rememorar cómo a través de unos años que no conocimos, y en unas épocas que tanto han sido discutidas y reprochadas por quienes no las vivieron, se advertía sin embargo la existencia de un sentimiento de entusiasmo, generalmente compartido, dentro de una expansión ideológica de comunidad de pensamiento, manifestada de modo tan significativo como al que ahora voy a referirme.

En el año de 1883, es decir, ciento doce años atrás, el dos de mayo, fiesta de la independencia nacional, tuvo especial significación y singular trascendencia en la Real Isla de León, sede del primer departamento marítimo de España, como era entonces el gaditano, que quiso conmemorar la festividad de una forma que patentizara el indudable espíritu de unidad que caracterizaba a quienes vestían el botón de ancla, no demasiado contaminado por las banderías y partidismos de los de fuera. Desde hacía algún tiempo estaba en la mente de los jefes y oficiales destinados en buques y dependencias del departamento el aprovechar la solemnidad de un día de resonancia histórica o patriótica, para unirse en espíritu de cuerpo en la celebración de una serie de actos que sirvieran de estímulo a propios y de ejemplo a extraños. La elección recayó en el dos de mayo, fecha que venía a decir mucho para el fin que se pretendía, y para después de un acto religioso se proyectó un banquete con carácter de ensayo, en el que habrían de hermanarse el vetusto entorchado con la flamante coca recién salida de los viejos buques-escuela de guardiamarinas.

Mucho tuvo que trabajar la animosa comisión organizadora, en su tarea de allanar dificultades y puntualizar detalles. Sometida la idea a la primera autoridad departamental, que era el vicealmirante Rodríguez de Arias, dio su aprobación con la personal aportación de su apoyo, y recabada la autorización ministerial, en el día señalado y en la castrense iglesia de San Francisco, que diez años atrás sufriera los agravios y desmanes de los cantonales, tuvieron

lugar las honras fúnebres por todos los marinos fallecidos, que prologaron la serie de actos de tan renombrado día. La iglesia (según reza la crónica exhumada) presentaba un aspecto impresionante, exornada por las diligentes manos de las señoras de los marinos, y no faltaban alrededor del túmulo cintas evocadoras portando los nombres de los que honraron la memoria patria por los caminos del mar. De la solemnidad del acto religioso puede dar una idea el saber que terminó sobre la una y media de la tarde, después de una vibrante oración fúnebre en alabanza de pasadas excelsitudes, diáfanas pregoneras de la gloria. (Tal la retórica de la época.)

Apenas una hora más tarde, presididos por el capitán general accidental, contralmirante Aubarede (en ausencia del vicealmirante Rodríguez de Arias) se agrupaban en banquete de hermandad cuerpos y armas bajo el alegre patrocinio del quehacer común. El arsenal de La Carraca, otras veces testigo cruento de momentos angustiosos, sirvió esta vez como marco apropiado de la cordialidad y el entendimiento. Más de ciento veinte comensales se sentaron en torno al general Aubarede, que tenía a su derecha a don Cayetano Lobatón, comandante general del recinto, y es de suponer que en el abundante menú, que fue amenizado por la banda de música de la fragata *Villa de Madrid*, no faltarían los sabrosos productos de la bajamar isleña, tan generosa siempre a darse y renovarse con prodigiosa continuidad.

Rivalizaron en entusiasmo y buenos deseos los discursos de los postres. Patrióticos mensajes de buena voluntad, ya que sobre el futuro de España en aquellos días pendía una trágica espada de Damocles y estaban próximos a derrumbarse los últimos cimientos del imperio colonial. Algunos de quienes hablaron serían carne viva de aquellos tristes acontecimientos. ¡Quién habría de decirle al entonces capitán de fragata don Ramón Auñón, cuando con firme verbo elogiaba este banquete de la amistad, con fines de un mejor servir a España, que unos años más tarde —profeso ya en el almirantazgo— regiría los destinos del Ministerio en los tristes y trágicos momentos del hundimiento de los barcos de las escuadras de los almirantes Montojo y Cervera, en los que la patria alentaba la mejor de sus esperanzas!

Con don Ramón Auñón hablaron también el vicealmirante Izquierdo, como el marino de más edad entre los asistentes; el sabio don Cecilio Pujazón, director del Observatorio, y los señores Puig, Guardia, Montero, Carlier (el futuro laureado) y Pila, todos jefes y oficiales con destinos en el Departamento. Todos glosaron el empeño de revalorizar la conmemoración histórica de una fecha que tanto significaba —y debe seguir significando— en la conciencia de los españoles.

Si el ejemplo del departamento marítimo gaditano fue imitado en ocasiones sucesivas por los restantes de Ferrol y Cartagena, como pretendía la comisión organizadora, y fuese alentado por la *Revista General de Marina*, es dato que no he podido contrastar. Es de suponer que la semilla daría buen fruto, y aunque los tiempos que siguieron no fueron propicios a otras conmemoraciones, el hecho consignado fue merecedor del aplauso y aliento de la Corporación, y que como escribo, ocurrió en la ciudad de San Fernando, raíz y vivencia de tanta inquietud marinera, en el año de gracia de 1883.